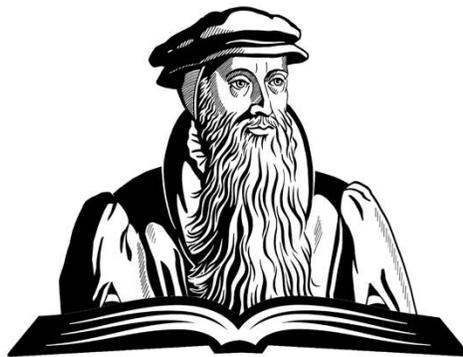


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:  
EL CATECISMO MENOR  
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 19:  
EL OFICIO REAL DE CRISTO  
Pregunta 26



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo*

Instituto John Knox de Educación Superior  
*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

# EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
- 19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26**
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamado efectivo - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

# 19 LECCIÓN

## EL OFICIO REAL DE CRISTO

**P. 26.** *¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de Rey?*

**R.** Cristo ejecuta el oficio de rey al sujetarnos a sí mismo, al gobernarnos y defendernos, y al restringir y conquistar a todos sus enemigos y a los nuestros.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 19:

Hasta ahora hemos considerado dos de los tres oficios que Cristo, como nuestro Redentor, desempeña. Él es el *profeta* que nos instruye en la voluntad de Dios para nuestra salvación. Es el *sacerdote* que se ofreció a sí mismo para expiar los pecados de su pueblo, y que continúa intercediendo por ellos. Ahora bien, estos dos oficios son grandes bendiciones para el pueblo de Dios. Si no tuviéramos a tal *profeta*, no conoceríamos el camino de la salvación. Si no tuviéramos a tal *sacerdote*, no tendríamos abogado para con el Padre. Así que alabemos a Dios porque tenemos un Salvador tan perfecto como lo es Jesús.

En esta lección, examinamos el tercer oficio que Cristo cumple: su oficio real. Antes de abordar la pregunta de nuestro *Catecismo*, veamos simplemente que Cristo es un Rey. Esto lo encontramos, por supuesto, en la profecía de Isaías, capítulo 9, versículos 6 y 7. Allí leemos: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y fortalecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos

hará esto". Así que, mucho antes de la encarnación de Cristo, ya se nos había dado esta profecía, de la cual aún hoy extraemos gran consuelo. Él es un Rey, cuyo trono permanecerá para siempre.

Pablo escribe sobre el reinado de Cristo en Efesios 1, versículos 21 al 23. Él habla de la resurrección y ascensión de Cristo, y allí leemos: «Por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo». El reinado de Cristo abarca todo lo que existe, y tiene un especial enfoque en la iglesia; ha sido exaltado sobre todo para el beneficio de la iglesia. Así que Él gobierna todas las cosas en el universo entero para el bien de su amado pueblo. Una y otra vez, vemos el hecho de que Cristo es el Rey—Rey sobre todo lo que existe.

Con esto en mente, veamos lo que nos dice el *Catecismo* acerca de cómo ejerce su reinado. La pregunta 26 del *Catecismo Menor de Westminster* dice: «¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de rey?». La respuesta: «Cristo ejecuta el oficio de rey al sujetarnos a sí mismo, al gobernarnos y defendernos, y al restringir y conquistar a todos sus enemigos y a los nuestros». Cada una de estas palabras es bastante clara, y notarás las acciones de Él: sujetar, gobernar, defender, restringir y conquistar. Todas ellas hablan de su poder y autoridad, y cómo se manifiestan estos tanto hacia sus enemigos como hacia su pueblo. Veremos cada una de estas en la lección que sigue.

Para esta lección, consideraremos dos puntos principales: primero, *Cristo como rey sobre su pueblo*, y segundo, *Cristo como rey sobre sus enemigos*. Esto nos recuerda que Cristo no es simplemente rey sobre una parte de las personas en este mundo, sino que Él es rey sobre todos los habitantes de la tierra. Y nos ayuda a ver cómo actúa Él hacia su pueblo en contraste con cómo actúa hacia sus enemigos.

### 1. *Cristo es rey sobre su pueblo*

Primero, *Cristo es rey para sobre pueblo*. Si bien Cristo es Rey sobre toda la tierra, ahora nos enfocamos en sus acciones reales hacia su pueblo. Y al hacerlo, queremos destacar dos ideas clave respecto a su labor como rey hacia su pueblo. Primero, como dice el *Catecismo*, los «sujeta», y segundo, los «gobierna y defiende».

Así que Cristo somete a su pueblo. El *Catecismo* dice que "Cristo ejecuta el oficio de rey al sujetarnos a sí mismo". Recordemos que Dios escogió un pueblo para salvación, en Cristo, antes de la fundación del mundo. Pero este pueblo no entra al mundo como creyentes ni como aquellos que aman a Dios. De hecho, entran al mundo muertos en sus pecados, y se presentan como rebeldes contra Dios. Pablo lo declara con claridad en Efesios 2, versículos 1 al 3, cuando, al escribir a aquellos que ya son creyentes, dice: "Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás". Y, por supuesto, este no es un buen cuadro: ¿muertos en pecados? ¿siguiendo al mundo y a Satanás? ¿cumpliendo los deseos de la carne? Esto describe a un pueblo que no ha sido sometido a Jesucristo. Recordemos cómo David se

describió a sí mismo en el Salmo 51, donde escribió: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre". Esto es cierto para todos aquellos que serán traídos a salvación. Entran al mundo como quienes desprecian a Dios debido a su pecado.

Lo que esto significa es que, incluso aquellos que Dios ha escogido para salvación, comienzan esta vida en el mundo como sus enemigos. Pero recordamos que Dios los ha elegido para salvación. Y esto implica que debe haber un proceso mediante el cual Él los somete. Aquellos que se oponen deben ser hechos dispuestos a someterse al Señor Dios. Entonces, ¿cómo es que estos enemigos terminan sometiéndose a Cristo, confiando en Cristo y sirviendo a Cristo con alegría y gozo? Bueno, en última instancia, no tiene nada que ver con su propia sabiduría, fuerza o inclinación personal. Tiene todo que ver con el mismo Cristo. Él, en su gracia, los lleva a someterse a Él. Y hace esto mediante la poderosa obra de lo que conocemos como el «llamamiento eficaz». Veremos más sobre eso cuando abordemos las preguntas 30 y 31 en el futuro. Pero por ahora, podemos ver que Cristo obra en su pueblo escogido mientras ellos aún son pecadores. Y les da un nuevo corazón y una nueva voluntad, vivificándolos para que vengan a Él con el mayor gozo y voluntad, abrazándolo como su Salvador. En otras palabras, Él obra en ellos para hacerlos dispuestos a someterse a Él. Esto lo podemos ver tal como lo dice Juan en el capítulo 1, versículos 12 y 13: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Es decir, Dios obró primero en ellos para que entonces recibieran a Cristo. Esta obra de gracia, tanto sobre ellos como dentro de ellos, los llevó verdaderamente y de manera personal a recibir a Jesucristo. En otras palabras, ellos confían en Cristo, abrazan a Cristo, se someten a Cristo, porque Él, en su gracia, los ha sometido a sí mismo.

Pero su obra real no termina cuando Él nos trae a sí mismo. Nos somete, aquellos que antes éramos enemigos ahora somos subyugados para ser hechos súbditos de este gran Rey. Los que eran enemigos ahora son amigos de este gran Rey, y todo esto debido a su obra misericordiosa. Pero nota, Él sigue trabajando en nosotros y por nosotros. Él gobierna y defiende a su pueblo. Él primero nos trae a su reino, y luego continúa su obra en y sobre nosotros. Puedes pensarlo de esta manera: primero éramos rebeldes, pero luego él nos somete, y acudimos voluntariamente a someternos a él en fe. Ahora nos gobierna y nos protege dentro de su reino. Al gobernarnos, nos instruye y nos dirige. Nos supervisa y provee para nosotros. Nos enseña sus promesas, sus mandamientos y su voluntad. Y también nos guía al obrar en nuestro interior, y al usar a otros que él ha designado para pastorearnos. Vemos esto, por ejemplo, en el hecho de que él ha ordenado y establecido ministros y ancianos en la iglesia. Ellos han sido designados para vigilar, cuidar y gobernar a su amado pueblo. Sirven en el reino de Cristo para nuestro bien. Hebreos 13:17 nos ayuda a comprender la obra de los pastores para nuestro beneficio, y cómo es que Cristo obra a través de ellos para nuestro bien. Leemos allí: «Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso».

Nota como estos ministros y ancianos que tienen autoridad no son la autoridad suprema. No son reyes en la iglesia de Cristo. Aunque se les otorga autoridad en la iglesia, se les otorga para que nos cuiden, para que nos sirvan. Y ellos mismos deben rendir cuentas al verdadero y único Rey, Jesucristo. Esto se aclara en ese mandamiento que Cristo dio a sus apóstoles, que conocemos como la Gran Comisión, en Mateo 28:18-20. Allí leemos: «Y Jesús se acercó y les

habló, diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén».

Entonces, ¿quién tiene todo el poder, toda la autoridad? —no los apóstoles—, sino Jesús. ¿Qué debían enseñar los apóstoles? No lo que ellos pensarán, ni lo que creyeran que estaba bien o que era bueno. Más bien, como dice Cristo: «todas las cosas que os he mandado». En otras palabras, todos los ministros del evangelio deben enseñar al pueblo de Cristo la Palabra de Cristo. Por eso, Pablo ordena a Timoteo, en 2 Timoteo 4:2: «Predica la palabra; insiste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina». Timoteo no debía predicar sus propios pensamientos. Timoteo no debía predicar sus propias opiniones. Timoteo no debía predicar lo que la cultura quería oír. Debía predicar la Palabra de Cristo. Y esto es cierto para todo ministro hoy. Ellos deben tomar lo que Cristo ha dicho y proclamarlo a su pueblo. Deben gobernar a su pueblo no según sus deseos egoístas o sus buenas ideas, sino conforme a la voluntad de Cristo revelada en las Escrituras. Cristo, en otras palabras, usa su Palabra y a sus pastores designados para proclamar su Palabra, para dirigir, guiar y gobernar a su pueblo.

Así que, como miembros de la iglesia, debemos escuchar su Palabra. Debemos creer en sus promesas, debemos obedecer sus mandamientos, y no hacerlo simplemente porque un pastor lo diga, sino hacerlo porque es la Palabra del Rey —el buen Rey, el Rey salvador, el Rey que cuida de nosotros, que nos ha hecho sus amigos, que nos ha salvado. Hacer lo contrario a creer en sus promesas, o a obedecer sus mandamientos, o a cumplir su voluntad es en realidad dañarnos a nosotros mismos, y rebelarnos contra aquel que es solo bondad. Sin embargo, Cristo no nos deja por nuestra propia cuenta para hacer esto. Más bien, Él obra en nosotros con gracia para llevarnos a seguirle. Nos santifica. Continúa la obra que comenzó cuando nos hizo nuevos. Veremos más sobre la santificación en el futuro. Pero podemos tener una imagen de esto en Filipenses 2:13, donde leemos: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Esta es la obra misericordiosa de nuestro Dios y Salvador, Jesucristo. Él no solo nos lleva a seguirle, sino que nos hace desear seguirle. Él obra en nosotros para que encontremos deleite en seguirle. Nos ha subyugado a sí mismo, y nos gobierna tanto externamente mediante su Palabra, y a través de los ministros y las ordenanzas de la iglesia, como también nos gobierna internamente mediante su Palabra y su Espíritu en gracia.

Pero también nos defiende. Veremos más sobre esto en el segundo punto principal de nuestra lección. Pero, ¿qué bendición es saber que el Hijo de Dios encarnado, Jesucristo, quien nos amó y se entregó por nosotros, ha ascendido a lo alto y reina sobre toda la tierra! Él nos recuerda, nos defiende de los hombres malvados y del mismo Satanás. Esto no significa que su pueblo nunca sufrirá; más bien, significa que aun cuando su pueblo sufra, estará siempre bajo el control perfecto de nuestro amoroso y poderoso Salvador, Jesucristo. Quizás no siempre entendamos por qué suceden ciertas cosas, pero debemos recordar que quien las controla es, en verdad, nuestro amado Salvador.

Él nos defiende. Recordemos lo que Dios le dijo a Satanás acerca de Job, en Job 1:12: "Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él". En otras palabras, Satanás no podía hacer nada contra Job excepto lo que Dios había ordenado y permitido. Así también hoy, el pueblo de Dios, aquellos que confían en Cristo, tienen esta gran certeza: Él nos defiende de todas las cosas. Todo lo que nos sucede, en última instancia,

nos ocurre bajo el cuidado perfecto y amoroso de Cristo. Nada llegará jamás al pueblo del Señor, salvo lo que Él ha ordenado como justo, bueno y lo que en última instancia sea para su gloria.

## 2. *Cristo como rey sobre sus enemigos*

En segundo lugar, veamos a *Cristo como rey sobre sus enemigos*. Cristo tiene enemigos. Nos asombra, sin duda, ver cuán impiamente lo trataron sus enemigos durante su ministerio encarnado. Él iba haciendo el bien. Al leer los evangelios, lo vemos obrando bien aquí, bien allá, y en otros lugares. Toda su vida y ministerio se caracterizó por hacer el bien. Realizó milagros misericordiosos para ayudar a los necesitados. Enseñó el camino de la salvación. Llamó a las personas de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida. Vino con bondad. Sin embargo, sus enemigos lo tergiversaron a propósito. Lo acusaron falsamente, conspiraron contra Él, y finalmente lo crucificaron. Aunque esto nos asombra, cobra sentido cuando recordamos lo siguiente: el hombre, desde la caída, no ama a Dios. Jesús lo explica así en Juan 3:19-20: "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas". Es triste que los hombres odien a Cristo, porque Él es la verdad, y porque Él dice la verdad.

Y notarás que, si somos de Cristo, tenemos los mismos enemigos. Ellos odian a Cristo, y odian todo lo que es suyo, odian a su pueblo, sus asuntos, sus caminos, su iglesia. Cristo advirtió a sus discípulos de esta verdad en Mateo 10:22: "Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre". Y en los versículos 24 y 25 del mismo capítulo dice: "El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Belcebú, ¿cuánto más a los de su casa?". Esta es una verdad solemne: al seguir a Cristo en nuestros pensamientos y acciones, el mundo nos tomará como enemigos.

¿Qué debemos hacer entonces? Hay mucho que decir, y la Biblia nos ofrece buenos consejos prácticos sobre cómo comportarnos en el mundo. Pero el fundamento de nuestra esperanza no está en lo que nosotros podamos hacer, sino en lo que nuestro Rey hace. Así lo expresa el Catecismo: Él restringe y conquista «a todos sus enemigos y los nuestros». Él los restringe. Vimos esto en nuestra referencia a Job. Observa que lo que leímos se refiere a nuestro peor enemigo, Satanás. Satanás no tenía la libertad de hacer lo que quisiera, según sus propios deseos y a su propia manera. Cuando Satanás se acercó a Dios, Dios lo restringió. Satanás no puede hacer nada más allá que lo que Dios haya ordenado y permitido. Si Satanás anda como león rugiente buscando a quién devorar, y debemos estar vigilantes contra sus artimañas y tomar la armadura completa de Dios, sin embargo, nuestra esperanza descansa en nuestro Rey, quien gobierna sobre Satanás.

Esto es verdad en cuanto a todos los enemigos de Cristo y de su pueblo. Nuestro Salvador y Rey reina supremamente sobre todos. Cantamos acerca de esto en el Salmo 2. Observa la imagen que se nos presenta en los versículos 1 al 3: una imagen de los enemigos de Cristo y de su reino. El salmista dice: "¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungió, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas". Las naciones y

los gobernantes de las naciones son enemigos de Dios. Ellos odian a Dios. Odian al Mesías. Afortunadamente, la historia nos muestra que hay gobernantes que confían en el Señor y lo sirven. Pero también vemos que, en muchos lugares, los gobernantes y personas de gran influencia desprecian al Señor, y harían todo lo posible por derribar sus propósitos.

Pero observa la respuesta de Dios, tal como nos la presenta ese Salmo. Leemos: «El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Entonces hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Mas yo he puesto a mi rey sobre Sion, mi santo monte». ¿Lo ves? Dios no está asustado. No está abrumado ni vencido por estos enemigos, sin importar cuán grandes sean, cuán numerosos sean, cuán unidos estén o cuán estratégicos sean. El Rey está entronizado, y Él hará toda su santa voluntad, y se mantendrá victorioso sobre todos. Así, al final de este Salmo, hay una gran seguridad: «Bienaventurados todos los que en él confían». Te animo a leer y cantar todo el Salmo 2. Al hacerlo, encontrarás consuelo en tu Rey frente a todos sus enemigos y los tuyos.

Además, tenemos la certeza de que Él—Cristo—destruirá a todos sus enemigos y a los nuestros. No siempre vemos esto en el mundo presente. Ciertamente, hay tiempos y estaciones en los que sus enemigos persisten por un período determinado. A veces parece que los malvados—los enemigos de Cristo—prosperan y triunfan. Podemos leer acerca de esto en el Salmo 73, y ver que incluso los más piadosos del pueblo de Dios enfrentan esta tentación, en ocasiones, de caer en la desesperación. Sin embargo, el salmista eventualmente descubre dónde reside su esperanza. Está en Dios, quien finalmente destruirá a sus enemigos y bendecirá a su pueblo.

En última instancia, esto sucederá en el día final, y qué día tan tremendo será ese. Cristo habla de ese día cuando Él separará a su pueblo—a quienes Él ha subyugado, a quienes Él gobierna, y a quienes Él defiende—de sus enemigos y los suyos. Te animo a leer acerca de ese gran día en Mateo 25, versículos 31 al 46. En ese día, Cristo recibirá a su pueblo en su glorioso reino, y enviará a todos sus enemigos y a los nuestros a su destrucción definitiva y eterna. Considera la gravedad del versículo 41. Hablando de Cristo, leemos: «Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles». En última instancia, todos sus enemigos y los nuestros sufrirán de destrucción por sus pecados. Y será nuestro gran Rey, quien ha tenido misericordia de nosotros, quien nos ha subyugado a sí mismo y nos ha salvado, será nuestro gran Rey quien los conquistará en aquel día.

Hay mucho más que podemos decir sobre nuestro Rey y su Palabra. Te animo a que, al leer la Biblia, prestes atención a las diferentes maneras en que se presenta su obra real, y cuánta esperanza, paz y consuelo trae esto a su pueblo creyente, pero también qué terror despierta en sus enemigos.

Permíteme concluir animándote a reflexionar sobre este gran Rey. No hay nadie como Él. Nadie tiene tanto poder y autoridad como Él. Nadie está tan lleno de bondad y compasión. Nadie es tan justo y recto. No hay rey como el Rey Jesús.

Así que te hago una pregunta: ¿Te has sometido a Él como tu Rey? O, ¿te encuentras ahora como uno de sus enemigos? Qué triste sería seguir siendo enemigo de un Rey tan grande y perfecto. Pues bien, si ese es tu caso, tengo una palabra para ti—Ve a este Rey contra quien has pecado y suplica misericordia. Recuerda, Él vino y predicó el reino de Dios, y llamó a los

hombres al arrepentimiento y a la fe. Entonces, acércate a Él, y pídele que te subyugue a sí mismo, que perdone tus pecados. Pídele que te rescate de tu propia rebelión.

Y para ti, que has confiado en Él, que has sido subyugado por Él para aferrarte a Él, alaba su nombre. Tu Rey te ha salvado de lo que merecías por tu pecado. Además, dale gracias, porque Él reina sobre todo lo que existe, y dirige todas las cosas, en este preciso momento, para el bien de aquellos que le aman, quienes son llamados conforme a su propósito, lo cual, por su gracia hacia ti, que has creído, te incluye a ti. Qué gran Rey tenemos en el Señor Jesucristo.

### *Palabras de cierre*

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.